

entre ellos un tercer partido para recibir los golpes, lo cierto es que no hicieron el más mínimo caso al filósofo, sino al contrario, desafiándose mutuamente con gran audacia, continuaron empleando la badila y el saco de noche.

Mr. Pickwick hubiera sufrido cruelmente por su mucha humanidad, si Sam, atraído por los gritos de su señor, no hubiera acudido al instante, y apoderándose de un saco de harina, no hubiese eficazmente intervenido, deteniendo el conflicto, hundiéndolo sobre la cabeza y espaldas del poderoso Pott, y sujetándole por debajo de los codos.

—Quitar el saco de noche al otro rabioso; — gritaron al mismo tiempo misters Ben Allen y Bob Sawyer, que hasta entonces se habían contentado con dar vueltas alrededor de los combatientes, lanceta en mano, dispuestos á sangrar al primer individuo desvanecido.

—Dejad vuestro saco, miserable y pequeña criatura, ú os ahogo con él.

Intimidado por esta amenaza, y por otra parte sin aliento, el independiente consintió en dejarse desarmar; Sam quitó entonces el sofocador con que cubrió á Pott, y le dejó libre diciendo:

—Marchaos á dormir tranquilamente, ó bien meto á ambos en un saco, lo cierro, y os dejo batir dentro á vuestro gusto. Y cuando os hayáis hecho una docena de pedazos, os dividiré en otros tantos, para enseñaros á que os conduzcáis mejor.

—Y vos, señor, — continuó dirigiéndose á su amo, — tened la bondad si gustáis de venir por aquí.

Y hablando así, tomó á Mr. Pickwick por el brazo y se lo llevó, mientras que los dos editores rivales eran conducidos á su cama por el fondista, bajo la inspección de misters Ben Allen y Bob Sawyer.

Durante el camino, los dos combatientes exhalaban todavía su aborrecimiento en sanguinarias amenazas, y se daban feroces pero vagas citas para el día siguiente. Apesar de todo, cuando ellos lo hubieron pensado mejor, encontraron que la prensa era el arma más terrible; ellos entonces principiaron sin descanso sus sangrientas hostilidades, y todo Eatanswill se asombró al verlos desplegar tan gran valor... sobre el papel.

Al día siguiente supieron nuestros amigos que los editores se habían marchado, desde el amanecer, en diferentes carruajes; y como el tiempo había mejorado, se pusieron á su vez en camino de Londres.

CAPITULO LII

Se anuncia un cambio serio en la familia Weller, y la caída prematura del hombre de la nariz roja.

Creyendo que su delicadeza no le permitía presentar sin preparación á MM. Ben Allen y Bob Sawyer al nuevo matrimonio, y deseando evitar en lo posible cualquier emoción á la sensibilidad de Arabella, Mr. Pickwick propuso á sus compañeros bajar, por el momento, en alguna parte, y que lo dejaran á él ir solo con Sam al hotel de *Jorge y el cuervo*. Consintieron en ello fácilmente, y situaron, en consecuencia, sus cuarteles en una taberna situada en los confines del Borough. Allí se encontraban en país conocido, pues en otros tiempos habían brillado frecuentemente sus nombres á la cabeza de ciertos largos y complejos cálculos apuntados detrás de la puerta con yeso.

—¡Hola! ¿sois vos? Buenos días, señor Weller, — dijo la bonita criada cuando encontró á Sam al abrir la puerta.

—Siempre es hermoso para mí el día que os veo, querida mía, — respondió Sam quedándose detrás, de manera que no lo oyese su amo. — ¡Qué bonita criatura sois, Mary!

—¡Vamos! señor Weller, ¡qué locuras decís! ¡Oh! concluid pues, señor Weller.

—¿Que concluya qué, querida mía?

—¡Eh! lo que hacéis... dejadme pues, señor Weller, dijo la bonita doncella sonriendo y empujando á Sam hacia la pared. — Me habéis arrugado la gorra, despeinado los cabellos y me impedís os diga tenéis una carta que os espera hace tres días. Acababais de partir cuando ella llegó, tiene encima *urgente*.

—¿Dónde está, amor mío?

—Yo he tenido cuidado de ella por causa vuestra; de otra manera estoy segura se hubiera perdido hace mucho tiempo. En verdad que es más de lo que merecáis.

Hablando así y expresando con una pequeña coquetería sus dudas, sus temores, sus esperanzas sobre la

conservación de la carta, Mary la sacó del más bonito depósito que puede imaginarse, y la entregó á Sam, que la hesó inmediatamente con suma galantería y entusiasmado.

—Vaya, vaya, — dijo Mary arreglando su pañoleta con artificiosa ignorancia; — ¡tenéis el aire de haberos enamorado bien pronto de esa carta!

Sam sólo respondió con una mirada, cuya ardiente expresión no es posible describir; después, sentándose junto á Mary en el poyo de la ventana, abrió la carta y examinó el contenido.

—¡He! ¿qué quiere decir esto? — exclamó.

—Ninguna desgracia, ¿no es cierto? — dijo Mary mirando por encima de la espalda.

—¡Que Dios bendiga vuestros lindos ojos! — exclamó Sam volviéndose.

—No os ocupéis de mis ojos y pensad en vuestra carta, — replicó la encantadora niña.

Pero al hablar de esta manera, ella le miró de reojo con una mirada en que había tanta malicia y vivacidad, que era absolutamente irresistible.

Sam se serenó con un ligero beso y leyó lo que sigue:

«Markis Gran por Dorken.

Miércoles

»Mi querido Samuel:

»Llo tengo mucho centimiento de tener elplacer de anunsiarle muy malas nuebas. tu madrepolítica atrapó una rreuma aconcecuencia dela imprudensia destar mucho tiempo en la llerva umeda de la yubia por aber esperado a un pastor que no abia podido mojar el pico mas temprano ysi tarde dela noche y como pasó muchas oras porque tuvo que aguardar á que sele pasace la borachera. el dotor a dicho que si ella ubiese tomado el grog caliente despues en lugar de aberlo tomado antes nole ubierapasa do eso. Sus rruedas fueron engrasadas y todo se a echo para acer que ciga rrodando tu padre. creia podria seguir marchando como el ordinario pero justamente cuando ella corria una buelta mi muchaho ella tomó el mal camino y bajó de la montaña con tal rra-

pides como no sea bisto nunca y por mas que el medico qiso darle al torno nada se consiguió porque ella izo su último rrelevo aller tarde alas seis menos veinteminutos abiendo echo el aparejo en menos tiempo que qualquier otro puede cer porque ella hubiese tomado menos bajage enel camino. Buestro padre dise que si quereis venir á berme Sami el sera muy satisfecho porque llo estoy muy solitario Sammivel. N. B el quiere que esto cea muy hortografiado y no como el abla que no está vien y como el tiene muchas cosas que arreglar el tiene por ceguro que buestro gobernador no rreusara vien ceguro que no se rreusara porquele conosco bien ansi os enbia sus deberes á los quales llo me junto y soi por la bida infernalmente afecto.»

«buestro padre»

«Tony Weller.»

—Vaya una carta, — dijo Sam; — ¿hay algún medio de comprender lo que quiere decir con sus yo y sus él? No es la letra de mi padre, excepto la firma de aquí en letras de grandes garabatos. Esta es su garra.

—Puede lo haya hecho escribir por otra persona, y que sólo haya firmado, — dijo la preciosa chica.

—Esperad un poco, — dijo Sam recorriendo la carta de nuevo, y deteniéndose aquí y allí para reflexionar. Tenéis razón. El caballero que la ha escrito contaba la desgracia sucedida de una manera conveniente, y luego viene el padre á mirar por encima del hombro y complica la historia metiendo en ella la nariz. Precisamente es así como él ha hecho siempre. Tenéis razón, Mary, mi querida Mary.

Reposado ya su espíritu sobre ese punto, Sam relejó la carta, y pareciendo que por primera vez se formaba una idea neta de su contenido, la cerró con aire mediatundo, diciendo:

—Así la pobre criatura ha muerto. Yo lo siento; ella no hubiera tenido mal caracter si esos pastores la hubiesen dejado tranquila. Yo lo siento muchísimo.

Sam murmuró esas palabras con un tono tan serio que la linda muchacha bajó los ojos y tomó una fisonomía muy grave.

—De cualquier manera que sea, — prosiguió Sam, poniendo la carta en su bolsillo con un ligero suspiro, —

eso debía suceder como ha sucedido, y no hay ya remedio por otra parte, como decía la vieja señora después que se casó con su lacayo. ¿Es esto verdad, Mary?

Mary sacudió la cabeza y suspiró también.

—Es necesario pida licencia al emperador, por ahora. Mary suspiró todavía; ¡la carta era tan conmovedora!

—Adiós, — dijo Sam.

—Adiós, — contestó la bella volviendo la cabeza.

—Un apretón de manos. ¿Es que no queréis?

La bonita criada alargó una mano que era muy bonita y pequeña, aunque era la mano de una sirvienta. Después, ella se levantó para marcharse.

—No me detendré mucho tiempo, — dijo Sam.

—Siempre estáis ausente, — contestó María dando á su cabeza el más ligero sacudimiento posible. — No hacéis más que llegar y ya os marcháis, Mr. Weller.

Sam aproximó más cerca de sí á la belleza doméstica, y comenzó á hablarla en voz baja. No tardó ella en volver el rostro y consintió en mirarle de nuevo, de modo que cuando se separaron se vió obligada á ir á su gabinete para volver á arreglar su gorra y sus cabellos antes de presentarse á su ama. Al mismo tiempo que subía la escalera muy despacio, hacia á Sam, por encima de la rampa, multitud de señas, prodigándole sus sonrisas.

—No me quedaré más de un día ó dos, caballero, — dijo Sam á Mr. Pickwick.

—Tenéis permiso para quedaros tanto como sea necesario, Sam.

Sam saludó.

—Diréis á vuestro padre que si en algo puedo servirle, estoy pronto á hacer en su favor todo lo que pueda.

—Muchas gracias, caballero; se lo diré.

Después de cambiar estas expresiones de buena voluntad é interés mútuo, se separaron amo y criado.

Serían las siete de la tarde cuando Samuel Weller bajó del asiento de una diligencia que pasaba por Dorking, á quinientos pasos de *El Marqués de Gramby*. La tarde estaba triste y fría, la pequeña calle negra y desierta, y la cara de madera del noble marqués, movida de un lado al otro por el capricho del viento, que la hacía sonar lanzando lúgubres gemidos, hacía parecer todo más melancólico que de costumbre; las persianas estaban bajas, las maderas cerradas en parte; no había un sólo ocioso junto á la puerta; la escena era silenciosa y desolante.

Viendo que no había nadie que pudiese responder á sus preguntas preliminares, Sam entró dulcemente y per-

cibió bien pronto al autor de su vida.

El viudo estaba sentado junto á una pequeña mesa, en el gabinete, situado detrás del mostrador. Fumaba su pipa teniendo los ojos atentamente fijos en el fuego. Los funerales evidentemente habían tenido lugar el mismo día, pues una gran banda de crespón negro, como de dos varas, estaba todavía sujeta al sombrero, que aún conservaba en la cabeza, y pasando detrás de la silla, descendía negligentemente hasta el suelo.

Mr. Weller estaba tan abstraído y en tan contemplativa disposición, que Sam le llamó repetidas veces por su nombre sin obtener resultado; él continuó fumando con la misma inmóvil y tranquila fisonomía, hasta el momento en que su hijo le despertó definitivamente poniendo la mano sobre su espalda.

—Sammy, — dijo Mr. Weller, — tú eres el bien venido.

—Os he llamado más de media docena de veces, — respondió Sam colgando su sombrero de un clavo, — pero vos no me oíais.

—Es verdad, — replicó Mr. Weller mirando todavía al fuego con gesto meditabundo. — Estaba lleno de *desvarrio*, Sammy.

—¿Y qué es eso? — preguntó Sam arrastrando una silla junto al fuego.

—Pensaba en ella.

Y el viudo al decir estas palabras, inclinó la cabeza hacia el cementerio de Dorking, para indicar que sus expresiones se referían á la *mistress Weller*.

—Yo creo, — continuó mirando fijamente á su hijo por encima de la pipa, como para asegurarle que la declaración que iba á oír, por extraordinaria é increíble que fuese, era hecha con toda calma y reflexión; — yo pensaba en que después de todo, tengo un gran sentimiento en que se haya marchado.

—¡Está bien! debéis tenerlo.

Mr. Weller hizo una señal de aprobación, y fijando de nuevo sus ojos sobre el fuego, se envolvió en una nube de humo y de reflexiones.

Después de un largo silencio, y arrojando la ceniza con la mano, prosiguió:

—Son muy racionales las observaciones que ella me ha hecho, Sammy.

—¿Qué observaciones?

—Las que ella me hizo cuando estaba enferma.

—¿Qué era ello?

—Algo como esto: «Weller, dijo, temo no haber sido con vos como debía. Sois un buen hombre, con buen corazón; y yo podía haber hecho nuestra casa más confor-

table. Ahora que es demasiado tarde, añadió, comprendo que si una mujer casada quiere ser devota, es necesario principie por cumplir sus deberes en su casa y que haga felices y confortables á todos aquellos que la rodean. Con tal que vaya á la iglesia ó á la capilla en tiempo conveniente, basta, no es necesario que ella se sirva de esas cosas para excusar su pereza, su gula ú otra cosa peor. Yo he hecho todo eso, decía, he gastado mi tiempo y mi dinero por gentes que empleaban su tiempo peor que yo. Cuando yo me haya marchado, espero, Weller, os acordaréis de mí, tal como yo era naturalmente, antes de haber conocido á esa gente.» — Susana, le dije, la verdad, mi chico, que yo estaba cogido, corto en aquellos momentos, yo lo confieso, Sammivel. — «Susana, le he habéis sido muy buena mujer para mí y para el total; así no hablemos más del asunto. Recobrad las fuerzas, querida mía, y viviréis bastante tiempo para ver ablandar la cabeza de ese Sttinggins.» Esto la hizo sonreír, Sammivel, — dijo el viejo gentleman ahogando un suspiro con la pipa. Pero ella ha muerto á pesar de todo.

Al cabo de tres ó cuatro minutos, empleados por el honrado cochero en balancear lentamente la cabeza de un hombro al otro, fumando solemnemente, Sam creyó deber arriesgarse á ofrecer esos términos comunes de consuelo.

—Vamos, maestro, — dijo, — todos tendremos que pasar por lo mismo un día ú otro.

—Es verdad, Sammy.

—Hay en todo eso una providencia.

—Ciertamente hay una providencia, — respondió el padre con un signo de reflexiva aprobación; — sin eso, ¿qué sería de los empresarios de carros y pompas fúnebres?

Perdido en el inmenso campo de conjeturas que le abría esta reflexión, Mr. Weller puso su pipa sobre la mesa y atizó el fuego con aire pensativo.

Entre tanto que así se ocupaba, una cocinera regordeta, vestida de luto, que parecía dedicada á arreglar el mostrador, se introdujo en la habitación, y concediendo á Sam algunas sonrisas de reconocimiento, se colocó silenciosamente detrás de la silla de Mr. Weller, al cual anunció su presencia por una lijera tos, repetida bien pronto en más elevado tono.

—¡Eh! — dijo Mr. Weller retrocediendo precipitadamente su silla, y volviéndose tan precipitadamente que dejó caer la badila: — ¿qué es lo que pasa ahora?

—Tomad una pequeña taza de te, mi buen señor Weller, — dijo con zalamera voz la regordeta cocinera.

—No quiero nada, — replicó bruscamente el cochero.

—Marchaos á todos los... Idos á paseo, — dijo volviendo en sí y en tono más bajo.

—¡Véase como la desgracia cambia á todo el mundo! — exclamó la regordeta elevando los ojos al cielo.

—Eso por lo menos no me hará cambiar de estado,

—murmuró Mr. Weller.

—¡Verdaderamente no he visto un hombre de peor humor en mi vida!

—No os inquietéis por eso; es por mi bien, como decía el escolar cuando le pegaban.

La señora del puchero levantó la cabeza, llena de simpática expresión, y dirigiéndose á Sam, le preguntó si él no pensaba que su padre debía hacer un esfuerzo para distraerse y no ceder al abatimiento.

—Ve, el señor Samuel, — continuó ella, — eso es lo que yo le decía ayer. El sentirá que está muy solo. No se puede de otra manera, señor; pero debería procurar más valor, porque yo estoy bien segura que nosotros lo sentimos mucho y estamos dispuestos á hacer todo lo que podamos para consolarle. No hay en la vida situación más desgraciada que no pueda tener consuelo; eso era lo que á mí me decía una persona muy digna cuando mi marido se murió.

Aquí el orador cazuelista, poniendo la mano delante de la boca, tosió todavía y miró afectuosamente á mister Weller.

—Como no tengo necesidad de vuestra conversación en este momento, mamá, ¿queréis hacer el favor de retiraros? — le dijo el cochero con voz grave y firme.

—¡Está bien, muy bien, señor Weller! Sólo os he hablado por bondad de corazón, con seguridad.

—Es muy probable, mamá. Sammivel, conducid á la señora y cerrad la puerta detrás de ella.

Esta insinuación no la echó en saco roto la cocinera regordeta, porque salió de la habitación sin demora y cerró violentamente la puerta detrás de ella.

Mr. Weller se dejó caer en un sillón sudando copiosamente.

—Sammy, — dijo, — si yo quedase aquí solo una semana, nada más que una semana, muchacho mío, estoy seguro que esta mujer me obligaría á casarme con ella á la fuerza.

—¡Ella os quiere, pues, furiosamente?

—Ya lo creo, me ama mucho; yo no puedo contenerla. Si yo estuviese encerrado en un fuerte cofre de hierro con una cerradura privilegiada, ella encontraría medio de llegar hasta mí.

—¡Es terrible verse buscado de esa manera! — observó Sam sonriendo.

—No me enorgullezco por eso, Sammy, — replicó mister Weller atizando el fuego con vehemencia. — ¡Es una situación horrible! Positivamente me veo echado de mi casa por este motivo; apenas se habían cerrado los ojos de vuestra madrastra, cuando he aquí una vieja que me envía un frasco de dulces, otra uno de pepinillos, otra trae ella misma una gran taza de Manzanilla.

Mr. Weller se detuvo con aire de profundo disgusto, y mirando á su alrededor, añadió en voz baja:

—Todas eran viudas, Sammy, todas, excepto la de la manzanilla, que era una joven soltera de... cincuenta y tres años.

Sam contestó á su padre con una cómica mirada, y el viejo cochero se puso á partir un pedazo de carbón con una fisonomía tan vengativa y tan feroz, como si fuera la cabeza de alguna de las viejas antes mencionadas.

—En fin, Sam, — prosiguió, — no me siento en seguridad sino en mi pescante.

—¿Cómo es que allí os encontráis más seguro que en cualquier otra parte? — interrumpió Sam.

—Porque un cochero es un ser privilegiado, — replicó Mr. Weller mirando á su hijo fijamente; — porque un cochero puede hacer sin ser sospechoso lo que otro hombre no puede hacer; porque un cochero puede estar en amables y amigables relaciones con ochenta mil viajeras del bello sexo, sin que nadie piense jamás que él desea casarse con una sola. ¿Hay algún otro mortal que pueda decir otro tanto, Sammy?

—Verdaderamente, hay algo de ello, — respondió Sam con meditada fisonomía.

—Si tu gobernador hubiera sido un cochero, ¿crees tú le hubiera condenado el tribunal? Y suponiendo que las cosas hubiesen llegado á ese extremo, ellos nada habrían osado, mi chico.

—¿Por qué? — preguntó Sam en tono dudoso.

—¿Por qué? Porque hubiera sido contra su conciencia. Un verdadero cochero es una especie de término medio entre el celibato y el matrimonio; todos los hombres prácticos saben eso.

—Queréis decir que son los favoritos de todo el mundo y que nadie quiere abusar de su inocencia.

El padre Weller hizo una señal afirmativa con la cabeza; después añadió:

—Cómo ha llegado á suceder eso, yo no puedo decirlo. Por qué el cochero de diligencia posee tanta insinuación y es siempre mirado, buscado, adorado por todas las mujeres jóvenes en cada pueblo en que trabaja, yo no lo sé, ni puedo explicarlo; sólo diré que así sucede;

es una regla de la Naturaleza, una dispensa de la Providencia, como vuestra pobre madrastra tenía costumbre de decir.

—Una dispensa, — observó Sam corrigiendo al viejo.

—Muy bien, Sammivel, una dispensa, si así te agrada; yo siempre digo dispensa y así lo escriben donde se dan medicinas por nada, con tal que se lleve una botella; esto es todo.

Pronunciando estas palabras Mr. Weller refunfuñó y volvió á encender su pipa, luego tomando una expresión de fisonomía reflexiva, continuó como sigue:

—Por eso es, niño mío, que yo no veo utilidad en quedarme aquí para ser casado á la fuerza, y como yo no quiero separarme de los amables miembros de la sociabilidad, he resuelto seguir conduciendo la *involcable* y volver á mi *Bella salvaje* que es mi natural elemento, Sammy.

—¿Y en qué parará este establecimiento?

—El establecimiento, niño mío, fondos, clientela y mueblaje, será vendido por un buen contrato, y como tu política madre me mostró el deseo antes de morir de que del precio de la venta se tomen doscientas libras esterlinas para ponerlas en tu nombre en... ¿Cómo llamas tú esas maquinaciones?...

—¿Qué máquinas son esas?

—Esas historias que siempre suben y bajan en la ciudad.

—¿Los omnibus?

—No; ¿esas historias que fluctuan siempre y que se mezclan siempre de una manera ó de otra con la Deuda nacional, los bonos del Tesoro y todo eso otro?

—¡Ah! ¿los fondos públicos?

—Sí, las fuentes públicas; doscientas libras esterlinas, que serán colocadas por tí en las *fondas* públicas á cuatro y medio por ciento, Sammy.

—Eso es muy amable de parte de la vieja señora haber pensado en mí, y yo se lo agradeceré.

—El resto será colocado á mi nombre, y cuando reciba el pasaporte para el otro mundo, todo será tuyo. Así toma cuidado, y no lo gastes todo de un golpe, mi joven, y ten cuidado no haya alguna viuda que conozca tu fortuna, porque entonces ya eres perdido y casado, que es lo mismo.

Después de esta paternal advertencia, Mr. Weller tomó su pipa con gran serenidad, teniendo el espíritu más aliviado al parecer después de la revelación que acababa de hacer á su hijo.

—Tocan á la puerta, — dijo Sam al cabo de un rato.

—Déjalos que toquen, — respondió el padre con dig-

nidad.

Sam permaneció inmóvil; otro golpe se oyó y luego otro y más tarde una serie sucesiva de ellos, y Sam preguntaba por qué no era admitida la persona que tanto ruido hacía.

—¡Chut! — murmuró Weller con aire de aprensión; —no hagas caso, Sammy, puede que sea una viuda.

Al cabo de algún tiempo, el invisible alborotador, observando no se ocupaba nadie de él, se aventuró á entreabrir la puerta y lanzar una mirada en la habitación, y entonces se percibió por la abertura, no una cabeza femenina, sino los largos cabellos negros y la faz encarnada de Mr. Stiggins.

La pipa del viejo cochero se le cayó de la mano.

El reverendo gentleman entreabrió la puerta por un movimiento imperceptible, hasta que la abertura fué suficiente para permitir el paso de su descarnado cuerpo; después se deslizó en el cuarto y cerró la puerta con cuidado y sin hacer ruido.

Volviéndose luego á Sam, levantó sus ojos y sus manos al techo, en testimonio del amargo pesar que le había causado la desgracia de la familia; después llevó el gran sillón á un rincón, cerca del fuego, y sentándose sobre el borde de la silla, sacó de su bolsillo un pañuelo obscuro y lo aplicó á los ojos.

Mientras esto pasaba, Mr. Weller permanencia en su silla, los ojos desmesuradamente abiertos, las manos sobre sus rodillas, todo su continente expresaba la más extraordinaria estupefacción. Sam colocado frente á frente de él, esperaba en silencio y con inquieta curiosidad el fin de esta escena.

Mr. Stiggins sostuvo por algunos momentos el pañuelo obscuro delante de sus ojos, gimiendo al mismo tiempo de una manera decente. Luego, habiendo comprimido su tristeza con un violento esfuerzo, colocó el obscuro pañuelo en su bolsillo, y se abotonó; en seguida atizó el fuego, frotóse las manos y miró á Sam.

—¡Oh! mi joven amigo, — dijo rompiendo el silencio pero con voz muy baja; — ¡ved que gran aflicción para mí!

Sam bajó lijeramente la cabeza.

—¡Y hasta para los impíos igualmente! Eso hace daño al corazón.

Sam creyó oír murmurar á su padre alguna cosa sobre una nariz que pudiera también dañarse; pero mister Stiggins no lo oyó.

El reverendo aproximó su silla á Sam.

—¿Sabéis, joven, — le dijo, — si ha legado la señora alguna cosa á Manuel?

—¿Quién es ese señor? — preguntó Sam.

—La capilla... nuestra capilla... nuestros feligreses, nuestro rebaño, señor Samuel.

—Ella no ha dejado nada para el rebaño, nada para el pastor, nada para los animales, ni para los perros tampoco, — respondió Sam con tono resuelto.

Mr. Stiggins miró á Sam finamente, echó una ojeada al viejo gentleman que tenía cerrados los ojos como si durmiese, y aproximando todavía más su silla á Sam, le dijo:

—¿Nada para mí, señor Samuel?

Samuel movió la cabeza.

—A mí me parece que debe haber algo, — dijo Stiggins poniéndose todo lo pálido que le era posible. — Recordaos bien, señor Samuel; ¿ni siquiera un pequeño recuerdo?

—Ni siquiera el valor de vuestro viejísimo paraguas.

—¿Podría ser? — repuso Stiggins con cierta duda, después de algunos minutos de profunda reflexión; — ¿podría ser que ella me haya recomendado al cuidado del impío?

—Es muy probable, á juzgar por lo que me ha dicho; él me hablaba de vos hace un momento.

—¡Verdaderamente! — exclamó Stiggins serenándose.

—¡Ah! El ha cambiado; yo así lo espero. Nosotros podemos entretanto vivir juntos muy confortablemente, señor Samuel; yo puedo cuidar de su propiedad cuando os marchéis: mucho cuidado, creedme.

Sacando del fondo de su pecho un largo suspiro, mister Stiggins se detuvo para aguardar una respuesta; Sam bajó la cabeza y Mr. Weller dejó exhalar un sonido extraordinario, que no era ni un gemido, ni un gruñido, ni un suspiro, pero que parecía participar en algún grado del carácter de los tres.

Envalentonado Stiggins por ese sonido que él se explicaba como un arrepentimiento, miró en torno suyo, frotóse las manos, sollozó, sonrió, comenzó á llorar de nuevo, y en seguida, atravesando dulcemente la habitación, tomó un vaso de una bandeja muy conocida y puso en él cuatro pedazos de azúcar. Concluido este primer acto, miró de nuevo en derredor suyo, suspiró lúgubremente, luego entró á paso de lobo en el mostrador y volviendo con su vaso lleno hasta la mitad de rom, se aproximó á la jarra que ardía alegremente al fuego, mezcló su grog, le movió, le probó, se sentó, bebió un largo trago y se detuvo para tomar aliento.

Mr. Weller que había continuado haciendo grandes esfuerzos para parecer dormido, no dió señal ninguna de vida durante aquella operación; pero cuando Mr. Stig-

gins se detuvo para tomar aliento, se precipitó sobre él, arrancó el vaso de sus manos, le arrojó al rostro el resto del grog, lanzó el vaso en la chimenea, y agarrando por el cuello al reverendo gentleman, le aplicó violentamente un serie de puntapiés detrás del faldón de la levita, acompañando cada aplicación de su bota con enérgicos é incoherentes anatemas sobre toda la persona del aturdido pastor.

—Sammy, — dijo deteniéndose un momento, — méteme bien el sombrero.

Como hijo sumiso, Sam hundió el sombrero paternal, adornado de la larga banda de crespón, y el bravo cochero, volviendo á su ocupación más activamente que nunca, atravesó con Stiggins por el mostrador, á través del pasillo, á través de la puerta de la calle y llegó á la calle misma, continuando las aplicaciones del pie durante todo lo largo del camino, y su violencia, lejos de disminuir, parecía aumentarse todavía cada vez que la bota se levantaba.

Era un soberbio y regocijador espectáculo ver al hombre de la roja nariz, cuyo cuerpo temblaba de angustia, revolverse entre las garras de Mr. Weller, entre tanto que los puntapiés se sucedían furiosamente. Pero el interés redobló cuando el poderoso cochero, después de una lucha gigantesca, hundió la cabeza de Mr. Stiggins en un pilón lleno de agua, y allí la tuvo sumergida hasta que estuvo casi sofocado.

—¡Vaya! — dijo al fin permitiendo al reverendo retirarse la cabeza del agua y poniendo al mismo tiempo toda su energía en un último puntapie. — Enviadme aquí algunos de vuestros perezosos pastores, y yo los haré gelatina y los desgelatinaré en seguida. Sammy, dame el brazo, échame un vaso de aguardiente, estoy sin aliento, jovencito mío.

CAPITULO LIII

Comprende la suerte final de MM. Jingle y Job Trotter, junto con una mañana de grandes negocios en Gray's Inn Square, terminada con un doble golpe dado á la puerta de mister Perker.

Quando Mr. Pickwick, después de prudentes preparaciones y numerosas seguridades de que no había motivo para perder las esperanzas, relató á Arabella el resultado poco satisfactorio de su visita á Birmingham, ella derramó copiosas lágrimas y se quejó en términos enternecedores de ser un desgraciado objeto de discordia entre el padre y el hijo.

—Querida niña, — dijo Mr. Pickwick con bondad, — todo no es falta vuestra; era imposible prever que el viejo Winkle estaría tan fuertemente prevenido contra el matrimonio de su hijo. Estoy seguro, — dijo mirando su bonita cara, — que él no comprende todo el placer que rehusa.

—¡Oh! mi querido señor Pickwick, — replicó Arabella; — ¿qué haremos si continúa enfadado con nosotros?

—Esperemos pacientemente que se tranquilice, querida niña, — replicó el excelente hombre con tono conciliante.

—Pero, querido señor Pickwick, ¿qué será de Nathaniel si su padre le niega la asistencia?

—En ese caso, querida jovencita, yo apostaría cualquier cosa á que él encontrará algún amigo que le ayude á hacer su camino en el mundo.

La significación de esta respuesta no era tan obscura que Arabella no la comprendiese; así, echando sus brazos al cuello de Mr. Pickwick, le abrazó tiernamente y sollozó con todas sus fuerzas.

—Vamos, — dijo él tomando sus manos, — nosotros esperaremos todavía algunos días y veremos si escribe ó si da alguna otra respuesta á la carta de vuestro marido. Si no recibimos contestación, tengo en la cabeza una docena de planes, de los cuales, uno solo bastaría